

PIO XII

I. - Orientaciones Político - Sociales de S. S. Pío XII

Opus justitiae, pax. La paz es hija de la justicia.

(Lema pontificio de Pío XII).

SOLEMNE, trágico y angustioso es el momento histórico que le ha tocado presidir al Papa Pío duodécimo. Quiso, por ello, la Providencia que Eugenio Pacelli llegará al solio pontificio cargado de una excepcional experiencia de la política internacional.

Conoció en las Nunciaturas de Munich y Berlín la Alemania caótica de la post-guerra, y, por reflejos muy inmediatos, el comunismo soviético y el avispero de los países balcánicos; en solemnes legaciones visitó Francia, Argentina, Estados Unidos y Hungría; al frente de la Secretaría de Estado alternó con el doble cuerpo diplomático de la ciudad de Roma y los políticos más influyentes de todo el mundo civilizado. Auspició el acercamiento de Inglaterra y sobre todo de Francia al Vaticano y no debe olvidarse que de sus archivos particulares, elaborados por inteligentes colaboradores, que lo acompañan desde su Nunciatura de Berlín, se extranjearon los documentos que llevaron primero a la condenación simultánea de los ideólogos fascistas y nacistas: Croce, Gentile, Bergamann y Rosenberg; y a la redacción, también simultánea, de las dos magníficas encíclicas de Pío XI sobre el comunismo y el racismo. Nadie ignora que en la grandiosa actividad orientadora y en las actitudes valientes y categóricas del Papa Ratti, colaboraba silenciosa y eficazmente su incondicional secretario, Eugenio Pacelli.

PRESAGIOS DE TORMENTA. Al escalar el solio pontificio, Pío XII tenía una visión clarísima de la gravedad del momento internacional, y se siente abrumado por la responsabilidad de su misión de ángel de paz. Por días, sus exhortaciones se hacen más conmovedoras. Sabe que el menor estallido de guerra llevará a la conflagración universal.

Agosto de 1939. Nubes preñadas de tormenta se ciernen sobre Europa. El Papa habla a los peregrinos de las tres Venecias. Al bendecir aquel grupo de fieles extiende su vista hacia Centro-Europa, recuerda sus esfuerzos por "alejar los peligros de la guerra y para cooperar en la obtención de una paz sólida, fundada en la justicia y que salvaguarde la libertad y el honor de los pueblos". Confiesa que para conseguir estos fines ha abandonado, dentro de lo posible "otras tareas y otras preocupaciones... para que en ninguna parte se nos haga más difícil o imposible Nuestra acción en favor de la paz, consciente de todo lo que en este dominio Nos debemos y debemos a los hijos de la Iglesia y a la humanidad entera".

Día 24 de Agosto. La paz es poco más que la llama mortecina de una lámpara agonizante. El Papa, se dirige por radio a los "jefes de los pueblos, hombres de la política y las armas, escritores, oradores de la tribuna y de la radio, todos los que teneis autoridad sobre los pensamientos y

acciones de vuestros hermanos y que sois responsables de su suerte..." Pide la paz por la sangre de Cristo, por los que tienen hambre y sed de justicia, por el corazón de las madres, por los inocentes, por los corazones jóvenes que cesarán de latir...." Pocas veces la voz de Pío XII ha vibrado tan intensamente.

Día 31 de Agosto, a la una de la tarde, suprema tentativa de Pío XII por la paz. El Cardenal Maglione, Secretario de Estado envía a "los beligerantes in potencia" un llamamiento y una sugestión. No se conocen con exactitud los términos de la propuesta pontificia. Según el correspondiente en Roma del *Times* de Londres, comprendía los siguientes puntos:

1.—Una tregua corta de diez o catorce días entre Alemania y Polonia.

2.—Los dos países se habían de comprometer a no declarar ni iniciar la guerra en estos días y a no agravar la tensión existente.

3.—Convocatoria inmediata de una conferencia general en la que estarían representadas las principales potencias interesadas limítrofes de Polonia y del Reich y los estados neutrales.

4.—Los dos Estados que no están directamente interesados en el conflicto —Estados Unidos y el Vaticano— enviarán también representantes.

El programa de la conferencia podría ser ampliado hasta la revisión del Tratado de Versalles y la firma colectiva de un tratado de no agresión.

No tuvo éxito esta sugestión pontificia y apenas logró el Papa sino una respuesta cortés. Pero el prestigio del Papa quedó extraordinariamente robustecido, y una de las pruebas de ello fué la llegada a Roma de un enviado personal del Presidente Roosevelt, portador de un nobilísimo mensaje de Navidad.

Desde el mes de Octubre de 1939 podemos seguir el pensamiento de Pío XII por medio de una serie de documentos importantísimos, entre los que sobresalen su Encíclica del 20 de Octubre de 1939 y los tres mensajes de Navidad: 1939, 40 y 41.

LA ENCICLICA SUMMI PONTIFICATUS puede considerarse como una síntesis doctrinal de los documentos de sus predecesores desde León XIII hasta Pío XI: estudia los errores de los tiempos modernos; los signos del paganismo; el olvido de la ley de la caridad y de la unidad fundamental de la familia humana; concreta el

sentido verdadero del amor cristiano a la patria; distingue el derecho humano y el derecho divino; el deber del Estado; los derechos de la familia, anteriores a los del Estado; los derechos de la conciencia; exhorta a la obra apostólica de los seglares y determina la misión pacificadora de la Iglesia y de su Vicario en la tierra. Son especialmente significativas sus frases al aludir a la angustiosa hora presente:

"Venerables hermanos: La hora en que os llega esta Nuestra primera Encíclica es, bajo muchos aspectos, verdadera hora de tinieblas (cf. Luc., 22, 53), en la que el espíritu de la violencia y de la discordia derrama sobre la humanidad la copa sangrienta de dolores sin nombre. ¿Necesito aseguráros que Nuestro corazón paternal de amor compasivo está cercano a todos sus hijos, y en modo especial a los atribulados, a los oprimidos, a los perseguidos? Los pueblos arrastrados en el trágico vértice de la guerra, quizás están aún al comienzo de sus dolores (Mat., 28, 8); y ya reina en millares de familias muerte y desolación, lamento y miseria. La sangre de innumerables seres humanos aun no combatientes levanta fúnebre y desgarrador lamento sobre una amada nación, Polonia, que por su fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana escritos con caracteres indelebles en los fastos de la Historia, tiene derecho a la simpatía humana y fraternal del mundo y espera confiada la poderosa intercesión de María Auxilium Christianorum, la hora de una resurrección conforme a los principios de la justicia y de la verdadera paz.

NAVIDAD DE 1939. Pío XII ha escogido la fiesta de Navidad, la hora de la salutación angélica a los hombres de buena voluntad, para concretar su pensamiento sobre el momento político del mundo y orientar los pensamientos de las naciones eloquecidas hacia el oasis de la paz. Estas alocuciones de Navidad han sido acogidas con la mayor simpatía en todo el mundo civilizado, incluso en los ambientes protestantes de Inglaterra y Estados Unidos.

Es bien conocido el éxito que han alcanzado **los cinco postulados para una paz estable** proclamados en la alocución navideña de 1939, y que pudieran resumirse así:

1) *Asegurar el derecho a la vida y a la independencia a todas las naciones, grandes y pequeñas, fuertes y débiles.*

2) *Verse libres las naciones de la pesada esclavitud del recurso a las armas y del peligro de que la fuerza material les sirva, no para tutelar el derecho, sino para violarlo.*

3) *Mirar al pasado, corregir los defectos de las iniciativas fracasadas y con esa experiencia por delante, constituir instituciones jurídicas que sirvan, tanto para garantizar la ejecución de los pactos como para corregirlos y modificarlos cuando sea necesario.*

4) *Tener en cuenta las verdaderas necesidades y las justas demandas de las naciones y de los pueblos, incluso de las minorías étnicas.*

5) *Penetrarlo todo del espíritu sobrenatural; del sentido de responsabilidad; del hambre y sed de justicia, que proclamó como bienaventuranza Jesucristo; y del amor universal.*

NAVIDAD DE 1940. Pío XII alude a los cinco postulados para una paz estable, proclamados en 1939, y acogidos en el mundo civilizado con extraordinaria simpatía; admite la necesidad de "un orden nuevo" y señala nuevamente cinco condiciones para la consecución de la paz deseada y el anhelado "orden nuevo":

1) *La victoria sobre el odio que hoy divide a los pueblos; por consiguiente, la renuncia a sistemas y prácticas de los cuales recibe siempre nuevas fuerzas. Y,*

2) *La victoria sobre la desconfianza, que grava como peso deprimente el Derecho Internacional y hace impracticable toda veraz inteligencia mutua; la vuelta, por consiguiente, al principio de la fidelidad incorrupta, hermana de la justicia; aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin la cual no es posible la segura convivencia de los pueblos, y sobre todo, la coexistencia de los pueblos poderosos y débiles. El fundamento —proclama, la antigua sabiduría romana— de la justicia es la fidelidad; es decir, la inmutabilidad y la verdad de las palabras y de los convenios.*

3) *La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base y la regla de los derechos; y que la fuerza crea el derecho: principio que debi-*

lita toda clase de relaciones internacionales, con gran daño, especialmente, de los Estados que, por su tradicional fidelidad a los métodos pacíficos, sea por su menor potencia bélica, no quieren o no pueden contender con otros. Por consiguiente, la vuelta a una seria y profunda moralidad en las normas de la convivencia internacional, lo cual, evidentemente, no excluye ni el derecho de procurarse lo que sea útil y honesto, ni el oportuno uso de la fuerza, o para tutelar derechos pacíficos impugnados con la violencia, o para reparar sus lesiones.

4) *La victoria sobre aquellos gérmenes de conflicto que consisten en divergencias demasiado acentuadas en el campo de la economía mundial. Por consiguiente, una acción progresiva, equilibrada por mútuas garantías, para llegar a un arreglo que dé a todos los Estados los medios de asegurar a los propios ciudadanos medios convenientes de vida.*

5) *La victoria sobre el espíritu de frío egoísmo, el cual arrogante por sus propias fuerzas, fácilmente acaba por violar el honor y la soberanía de los Estados, así como la justa, sana y disciplinada libertad de los ciudadanos. En su lugar, debe llegarse a una sincera solidaridad jurídica y económica, a una colaboración fraterna, según los preceptos de la ley divina, entre los pueblos, seguros ya de su autonomía o independencia.*

NAVIDAD DE 1941. Un nuevo, largo y conmovedor Mensaje ha dirigido Pío XII en la Navidad de 1941. Es difícil la síntesis del magistral documento. Queremos sin embargo llamar la atención sobre un párrafo en que el Pontífice se defiende contra las acusaciones dirigidas a la Iglesia en medio de la catástrofe, y que parecen una avocación de las que motivaron los seis primeros libros *De Civitate Dei*, de San Agustín, en los días del colapso del Imperio romano ante la irrupción de los pueblos germánicos:

"Al examinarse la causa de la actual calamidad, que dejan perplejos a los hombres, frecuentemente se aventura la opinión de que la Cristiandad ha fracasado en su misión.

Pero de dónde y de quiénes proviene semejante acusación?

¡No: La cristiandad, cuya fuerza proviene de Aquél que es Camino,

Verdad y Vida, que permanece y permanecerá con ella hasta la consumación del mundo, no ha fracasado en su misión: son los hombres los que se han revelado en su contra; la cristiandad continúa siendo verdadera y fiel a Cristo y a su doctrina!

En su lugar ellos han modelado una Cristiandad conforme a sus deseos, un nuevo ídolo que no salva, que no se opone ni a las pasiones de los apetitos carnales, ni a la codicia de oro y plata que los fascina, ni a la soberbia de la vida; una religión nueva sin alma ni religión, máscara de una Cristianidad muerta que carece del espíritu de Cristo.

¡Y han proclamado que la Cristiandad ha fracasado en su misión!"

UN A NUEVA EDAD MEDIA, se ha dicho que será la consecuencia de la actual catástrofe material e ideológica. No suscribiríamos sin acotaciones esta predicción; pero parece evidente que el altivo edificio del estado liberal se desmorona, y que asistimos al germinar de nuevas ideologías, mucho menos distanciadas entre sí de lo que se cocarea. La base de esas nuevas ideologías es una manifiesta tendencia antiindividualista y una sobrevaloración de la idea y el sentimiento de colectividad, de cooperativismo, de cuerpo.

Tal vez las alocuciones del Pontífice, en las que se han derramado dispersamente simientes de fecundas ideas no hayan logrado la madurez de las formulaciones definitivas. Pío XII defendió a la Iglesia de las acusaciones de ser culpable de la actual catástrofe; Pío XII señalando las causas de la guerra, sus enseñanzas y los principios de justicia que han de presidir una paz estable, nos recuerda —ya lo hemos dicho— a San Agustín en la primera mitad del siglo V ante el derrumbe del mundo romano

a consecuencia de la trasmigración de los pueblos germanos y redactando la primera magistral filosofía de la historia: los 22 libros **De Civitate Dei**. No se olvide que el genio portentoso de San Agustín necesitó trece años para llegar a las fórmulas definitivas de su interpretación filosófico-teológica de la historia. Nosotros esperamos que al final de la guerra Pío XII ha de sintetizar asimismo sus ideas en algún magistral documento pontificio. Tal vez la idea central la pueda constituir su lema pontificio de insuperable oportunidad: **Opus justitiae, pax.**

SERA INVITADO EL PAPA AL FUTURO TRATADO DE PAZ? La actitud de muchas naciones beligerantes hace pensar que sí. En todo caso, no será Italia, como al finalizar la pasada guerra mundial, la que ponga el veto, ya que el Tratado de Letrán zanjó definitivamente la vidriosa cuestión romana. La protestante Inglaterra y la Francia laica de las dos primeras décadas de siglo están en una actitud muy distinta respecto del Vaticano al mediar la centuria. Estados Unidos ha dado muestras de voluntad decidida de colaborar y hacer colaborar al Papa en una paz internacional. Japón se esfuerza estos mismos días por iniciar relaciones diplomáticas con el Vaticano.

¿Cuál será la actitud de Alemania y Rusia; si la Alemania racista y la Rusia soviética han de asistir al tratado de paz?

Es peligroso aventurar predicciones de acontecimientos políticos en medio de esta catástrofe, cuya característica es la inquietud y la inestabilidad. Pero es evidente que el prestigio internacional del Papa Pacelli ha creado un ambiente de simpatía, casi unánime, por el Papado que bien puede culminar en un influjo más inmediato del Pontífice en los organismos destinados a presidir los futuros Tratados de paz.

M. Aguirre Elorriaga, S. J.